

# La Galaxia del Cigarro, Capítulo 1

Celeste Villarreal

Image not found.

# Capítulo 1

La Galaxia del Cigarro

*por Celeste Villarreal*

## CAPÍTULO PRIMERO

### ***A l b a***

Sus dedos temblaban alrededor del pequeño cilindro de papel, apretándolo con fuerza, aferrándose al calor que acariciaba sus yemas. El frío aire de invierno atentaba contra su cabello, anudándolo en imposibles figuras negras dignas de ser enmarcadas por Rorschach.

Sus labios secos maldecían el clima, trataba de desaparecer entre el tejido de lana que abrazaba su cuerpo. Bajo la mezclilla que protegía sus piernas podía sentir las escaleras metálicas sobre las que estaba hecha un ovillo, ahí podía sentarse a ratos, justo junto a la ventana del baño. Un trozo de cemento le funcionaba como techo, partículas de pintura seca caían ocasionalmente sobre su cabeza, chorros de agua se escurría por una esquina. A pesar de ello apenas la protegía de la lluvia de la cual se empeñaba en escapar a pesar de que una voz dentro de su cabeza le urgía que se asomara por el barandal y se dejara empapar por las diminutas agujas heladas.

Alguna vez amó los días de tormenta, la delicada musicalidad de las gotas cayendo entre la niebla, adornando el pavimento como improvisados diamantes. Solía salir a corretear, pensando que si iba lo suficientemente rápido el agua no la alcanzaría. Se ponía las botellas amarillas junto con una chaqueta a insistencia de su madre, de lo cual se deshacía en cuanto ella la perdía de vista. No creía necesitar protección de algo tan inofensivo como la lluvia, de hecho no pensaba necesitar protección de nada. Había adorado como su pesada ropa se le pegaba a la piel, empapados rizos de gruesos mechones encrespados escurriendo sobre su frente. Aquellos días en los que su padre encendía la radio inundando la casa en lamentos de pianos seducidos por trompetas.

El inmenso hombre olvidaba las viejas colillas en el cenicero para tomar de la mano a su alegre madre, dándole vueltas por la sala al ritmo de la música. Le gustaba verlos desde afuera, solía asomarse por el vitral de la acogedora sala, rindiéndose ante las incansables gotillas que la guiaban como galantes acompañantes para que sus pies pudieran estallar el agua de los charcos. .

“¿Qué pasa, amor?” la mujer se giraba sobre sí para enfrentar a una sobreexcitada niña de seis años que la llamaba con desenfreno. “¡Roberto

se acabó el pan con mantequilla!” ya se había cambiado de sus pijamas color azul al grueso uniforme vino que la escuela exigía para los meses de invierno, con sus elegantes bordados blancos que siempre terminaban manchados de sustancias dudosas al final del día. “¡Quiero pan con mantequillaaaaaaaaa!” golpeteaba el suelo con su piecito. Ella abrió la ventana para atravesar el umbral de manera de que su hija pudiera colgarse de su cuello “Vamos Tommy, voy a hacer unos hotcakes”, la pequeña vitoreaba mientras su madre le besaba las mejillas.

Alba dejaba las cenizas en su suéter caer al suelo, tratando de encontrar el harina para la mezcla, disfrutando el olor a mantequilla, la cual se derretía sobre el sartén que asfixiaba el fuego de la mecha. Trataba de concentrarse en los golpeteos de la lluvia sobre su tejado, sus hijos discutían sobre algo no demasiado preocupante, el teléfono sonaba casi a sabiendas de que nadie tenía tiempo de contestar. Ante la insistencia del timbre que perforaba sus oídos se apresuró por servir dos panqueques en un plato de plástico mostrando desgastados dibujos de personajes caricaturescos para correr a levantar el auricular.

“Hola, ma” se dejó caer en la silla junto al teléfono “¿Cómo estás?”, escuchaba a la mujer contarle de vaga manera su mañana, de la cual solo habían pasado algunas horas. Se preguntaba por qué seguía pagando una línea fija en lugar de depender solamente de su celular podría ahorrar un poco, tal vez comprarle uno a Robby para emergencias. Como por invocado por algún maleficio el aparato comenzó a dar gritos agudos que anunciaban que tenía menos de diez minutos para llevar a los niños a la escuela. “Ma, te llamo más al rato” ataba las agujetas de Tommy, presionando el receptor con su oreja y sus hombros “Tus nietos van a llegar tarde a clase, de nuevo”. Ellos correteaban a su alrededor, urgiéndola a levantarse “Adiós ma, te quiero”.

.

Contempló el pequeño edificio donde se encontraba su oficina, dos pisos de altura, cinco cuartos a lo ancho. Alguna vez había sido el hogar de una familia acomodada, ahora era un bonito lugar de paredes celestes en el que varias personas podían rentar espacio para consultorios o estudios por un precio razonable. Lo había elegido, porque le parecía que era lo suficientemente pintoresco como para ser falso, resaltaba como una figura de fantasía entre los absurdos edificios departamentales del área metropolitana. Era como encontrar un diminuto lirio azul en un abandonado patio repleto de largas hierbas. Cuando él la había llevado a verlo a sabiendas de que le encantaría, casi había dado gritillos de felicidad. Apretó sus labios, mas con un gesto de mano ahuyentó las ilusiones del pasado como si se tratara de una molesta mosca.

Abrió la puerta marrón de su consultorio, la madera rozó con el piso alfombrado. Odiaba esa alfombra, le recordaba demasiado al vómito, con

todos esos salpicones de color sobre la base beige. Su despacho estaba conformada por un reducido espacio amueblado por dos sillones s.

Todas acomodados por orden alfabético, comenzando con Aura de Carlos Fuentes, terminando con Un Mundo Feliz de Aldous Huxley. Sus ojos se detuvieron sobre un insignificante tomo de tapas de tela azul, pasó su índice cariñosamente por las letras doradas adornando el lomo, de repente se encontraba en otro lugar. Su mente escapaba a paisajes lejanos de cielos estrellados y olor a café.

Café, necesitaba una taza de café. Se levantó de su silla, frotando sus ojos irritados para encender la cafetera, sirviendo cuatro medidas de chiapaneco sobre el filtro de papel.

Escuchaba atentamente el agua caliente regar los granos molidos, el aroma daba al lugar apariencia un poco más hogareña, levantó sus brazos para apartar las cortinas que cubrían la ventana, dejando que la habitación cobrara vida por la cristalina luz de un día nublado.

Mientras sorbía de la taza de espeso líquido oscuro sintió el peso de la cajetilla en los bolsillos de su saco, se recordó a sí misma que no tenía tiempo, por un instante pensó ver su mano izquierda temblar sobre su regazo, pero fue tan sutil que pensó haberlo imaginado.

Revisó el nombre anotado con bolígrafo negro sobre su cuaderno amarillo, Vera Lomelí, checó las notas de las sesiones pasadas. Escribía en letra cursiva, consonantes altas se erguían sobre las vocales como torres, trazos limpios con curvas pronunciadas. Se encontró pensando en la tinta sobre la página como los cuerpos celestes en el firmamento, los caracteres eran astros que no significaban nada hasta que recostabas tu cabeza sobre el pasto para encontrar las legendarias historias detrás de las dispersas luciérnagas. Increíbles constelaciones que no estaban ahí pero que al mismo tiempo era imposible ignorar. Sus reflexiones fueron interrumpidas por un serie de suaves golpes sobre la puerta, "Pasa".

## **V e r a**

Sus ojos abiertos trataban de encontrar el abanico entre la oscuridad, llevaba un rato escuchando los chasquidos que este soltaba con cada ciclo terminado. Estiró su cuerpo sobre las sábanas, las vértebras de su columna se arqueaban, tronando por lentos movimientos. Giró sobre sí para alcanzar su celular, la luz blanca de la pantalla iluminó la habitación por algunos segundos. Suspiró preguntándose qué hacía despierta a las cuatro am, cuando no había dormido más de unas cuantas horas durante la noche. Faltaba un rato para que el mundo a su alrededor comenzara a levantarse, pero ella no podía esperar tanto. .

Se desvistió, tirando la ropa escurriendo de agua y sudor en el suelo de su baño. Pequeños temblores atravesaban su columna mientras el boiler se calentaba. El cuarto se llenaba de vapor, ensuciando las imágenes en el espejo, invadiendo el extenso closet repleto de vestidos de renombre hechos a talla. Algunas veces la escena le recordaba a las lavanderías a las que recurría semana tras semana, casi esperando ver a la conocida figura de la señora Ramírez salir de entre la niebla para entregarle el último encargo.

Entró a la regadera, inmediatamente tomando uno de los tantos contenedores de jabones que decoraban el estante de piedra a la altura de su cabeza. Frotó enérgicamente su cuerpo, contrastando sus feroces talladuras con el delicado olor a vainilla del Maison Francis. Sintió s.

Para las ocho cuarenta ya estaba aplicando la última capa del labial Estee Lauder 120 fuera de la cafetería donde se encontraría con los representantes de la compañía de bolsos Geraldine para discutir su nueva campaña publicitaria. Sabía que iba a ser agotador, los clientes recientes siempre lo eran, salió del auto determinada a terminar con el cometido lo más pronto posible.

Mientras palabras que no le interesaban seguían fluyendo de la boca del divagante empresario, por su mente se atravesaban imágenes de labios sobre su clavícula. El hombre que hablaba de "darle un giro inesperado" a su compañía "un aire innovador", estaba usando un traje azul marino que ella podía apreciar. Su discurso no le llamaba tanto la atención como el reloj colgando de su muñeca, debería abrocharse, debería conseguir uno de su talla. El joven que lo miraba anonado tomando notas, estaba usando una camisa delgada que a pesar de su mala calidad se amarraba ajustada sobre su atlético cuerpo. Asumió que era un aprendiz, apenas egresado, tratando de absorber inútil conocimiento del que aparentaba o.

La mejor manera de promocionar un producto como el de Geraldine es ofrecerlo a un público exclusivo, colocar marca para luego restringir su venta." cruzó sus piernas bajo la mesa, mirando a las dos figuras frente a ella directamente a los ojos.

"Puedo tener el prototipo de la campaña que deseas al final del mes." con un gesto calculado acomodó los marcos de sus lentes Adrianna IV, esperando la reacción de los otros. Se despidió de ambos con un apretón de manos, observando cómo se iban de la cafetería con aire satisfecho, le mandó un mensaje a su asistente para que finalizara el contrato.

Inmediatamente después de firmar el recibo de su tarjeta miró la hora en su celular, eran las nueve treinta, iba justo a tiempo.

No le agradaba demasiado el consultorio, estaba convencida de que el decorado necesitaba ayuda, pero le agradaba ella. La mujer que la recibía

con una taza de café en la oficina le indicó que se acomodara sobre el sillón marrón "Me gusta tu mono, elegante". Alba no era precisamente una conocedora en estilo, pero bajo la consideración de Vera tenía buen gusto, la chica sonrió agradeciendo el cumplido.

"¿Cómo has estado?" le preguntó con sus manos sobre su regazo. Había comenzado a ver a la psicóloga el año pasado, no es que la necesitara, pero disfrutaba el desahogo del estrés de su trabajo. Realmente, no es que lo necesitara, o al menos eso se repetía. No tenía ningún problema; comía bien, hacía ejercicio, no fumaba ni tomaba. Tampoco pretendía ser perfecta, mas debía admitir que no estaba demasiado lejos de serlo. "Bien" soltó con facilidad, "Acabo de conseguir un nuevo cliente" jo.

"Tu sabes, era de esas personas patéticas que pretenden saber todo pero en el fondo no son más que ignorantes" el esmalte de sus uñas bailoteo sobre la fea tela del mueble "Lo peor es que cuando son lo suficientemente buenos terminan convenciendo al resto."

"¿Convenciendonos de que?" La chica cerró sus ojos, a veces tenía la sensación de que caminaba directamente hacia una trampa. Aunque se sentía cómoda con Alba no podía dejar de sentir que estaba haciendo el ridículo. "Convenciendo a todos de que son algo que no son, de que saben algo que no saben" la recibió un analítico silencio.

"Son falsos, creo que eso es lo que me molesta. Son como esas crías pájaros que se instalan en ajenos y matan a los verdaderos hijos de la madre, el cu..cu.." "¿El cuclillo tejedor?" la psicóloga recordaba haber leído sobre el fenómeno.

"Sí, justamente ese. Supongo que alguna vez ví un documental al respecto. El punto es que la gente como ese hombre no son más que intrusos que con su incompetencia atentan en contra .

Siguieron hablando de su semana por el resto de la hora, Alba anotaba alguna cosa u otra de vez en cuando, la joven no dejaba de mover sus extremidades con urgencia. Una alarma en bolsillo de Vera marcó el final de la sesión, se levantó de un salto, despidiéndose de la mujer mientras se dirigía hacia la puerta. "Gracias por el café, ite veo la próxima semana!" por todo el edificio se escucharon sus tacones corriendo bajo las escaleras del segundo al primer piso.

Cuando finalmente se encontró en la seguridad de su auto, colocó sus manos sobre el volante forrado de piel sintética. La sensación de la superficie suave contra sus palmas casi siempre lograba tranquilizarla. Bajó el espejo del asiento, corriendo la ventanilla para enfrentarse con su reflejo. Para su alivio el maquillaje seguía en su lugar, solo necesitaba otra capa de lápiz labial, en el suyo podía observar marcas de dientes.

Se consideraba una persona bonita, no demasiado atractiva, pero bonita. Sus pequeños ojos almendrados color verde eran coronados por gruesas pestañas negras, desviando la atención de su minúscula boca. Escondía sus orejas con lacio cabello castaño claro que caía sobre sus hombros como una cascada color chocolate, su complexión pálida estaba cubierta por diversas capas de corrector, base y rubor. Las pulsaciones de su cabeza regresaron, las criaturas dentro de ella no dormitaban por mucho tiempo. Cerró sus ojos intentando apaciguarlas, imaginando que se encontraba sumergida en un lago lejos de todo. Flotando entre cristalinos espejos que no la dejaban resurgir al exterior, sujetándola dentro de suaves olas hasta que se le olvidaba de qué color eran sus ojos o qué tan pequeños eran sus labios.

### **M a k a s**

Sintió el líquido caliente perforar su garganta, escurrir por su interior tal fuerza imparable, como gasolina. De repente ya no sentía el peso de los pies que tiránicamente lo adherían a la tierra durante todo el día, podía deambular por el bar como un explorador espacial descubriendo nuevos planetas. Todos lo que lo rodeaban tenían una apariencia extraña, ajena, fascinante. A manera de manchas sobre piedra dentro de una cueva, formando bizarros rostros con diversas expresiones, protegiendo misterios los cuales él solo podía imaginar. Si alguien le hubiera preguntado lo hubiera admitido todo, habría podido descubrir la experiencia de conquistar cuerpos celeste como el más elocuente orador o el más romántico poeta. Si tan solo alguien le hubiera preguntado.

Las bocinas provocaban ligeros temblores que para él no podían ser otra cosa que terremotos seductores durante los cuales entregaba su cuerpo a la merced de un universo conformado por galaxias de canciones poco inspiradas compuestas por pseudo artistas. Procuraba no pensar demasiado en ello, la noche era joven, el universo era eterno.

Las luces rosadas dejaban de iluminar a las figuras en el espacio para convertirse en estrellas fluorescentes que engullían vorazmente los objetos a su alrededor. El vaso de vidrio que sostenía en su mano derecha, a pesar de sus pasos de marinero inexperto, se transformaba gracias a las caricias de reflexiones fantásticas en un astro de bolsillo que guiaba su camino por entre pequeñas mesas y meseros enfurecidos. A veces, como por arte del azar, su faro revelaba las figuras de roca en las paredes de la cueva. Él jugaba a conocer los pensamientos l.

El otro suspiró resignado a ejecutar la rutina de siempre, recordarle al hombrecillo intoxicado que el bar estaba a punto de cerrar, dejarle claro que ya era hora de partir. "Mi nombre es Nerón, ya lo sabes." era inútil insistir en ello,, mas era poseedor de una admirable paciencia en cuanto a Makas. "Como quieras, Nellie" Sintió cómo lo levantaban del suelo, donde

había aterrizado cómodamente sobre su frente.

Nerón lo cargaba en brazos para meterlo en un taxi camino a casa. Una furia indescriptible lo invadió, intentaba soltarse del humillante abrazo pero sus extremidades apenas respondían frenéticas demandas. Movía la boca inútilmente para soltar amenazas patéticas, los poderosos brazos eran inmunes a su resistencia. "Nellie...Nellie, ¡Suéltame!" de repente le pareció que se ahogaba, la libertad que hace tan solo segundos había gozado se evaporaba para dejarlo morir sujetado como un niño.

Nerón lo colocó cuidadosamente en el asiento trasero de una automóvil, su cabeza se colapsó contra la dura puerta mientras escuchaba al otro darle direcciones al conductor. "Cuídalo, es un buen chico", las palabras hacían hervir la sangre de Makas. De haberlo podido, hubiera gritado. "¡No soy un chico!" se imaginó exclamando "¡No soy un niño y nadie en este puto mundo puede cargarme en brazos como uno!", pero el agotado chófer solo entendía indistinguibles gruñidos de un bulto de hombre.

Cuando el automóvil arrancó Mak sintió un ataque de náuseas, se figuraba dentro de una diminuta nave espacial despegando de órbita, esperando que sus contrapartes en la tierra le confirmaran de que todo había salido de acuerdo al plan. El que estaba sentado en el asiento del frente, adivinando sus intenciones, le ordenó que bajara la ventana para que no arruinara el alfombrado y los asientos de tela que cada semana tenía que mandar a limpiar por personas sí.

Cuando recobró conciencia estaba acostado sobre el sillón de su sala, la áspera tela se incrustaba en sus mejillas, de su mandíbula separada escurría un río de saliva que desbordaba en las almohadas azules las cuales abrazaba como salvavidas durante una agitada tormenta.

Su cuerpo yacía pesadamente atrancado a la moldeable superficie, provocando el nacimiento de tanto mares como montañas que obedecían sus perezosos movimientos.

Poco a poco se percató de las familiares caricias que recorrían su alborotado cabello, suaves dedos paseaban desde su nuca a su frente casi levitando sobre su piel. No abrió sus ojos, aferrado a la noción de seguir oculto del mundo por cuanto tiempo fuera posible. La joven que pasaba sus manos por sus facciones adormiladas lo observaba de manera atenta, sentía el calor de sus mejillas, contaba las respiraciones que sutilmente inflaban su pecho. Se giró lentamente para emplazar las almohadas con las piernas de ella, colocando su cabeza en su regazo. Permanecieron así un rato, hasta que cuidadosamente se levantó del sofá, dejándolo como lo había encontrado; naufragando entre cojines.

Makas la escuchó prepararse para comenzar su día, debían de ser las siete, siempre se levantaba a las siete. Cuando corría la llave de la

regadera se imaginaba el rubio cabello olor a frutillas caer sobre su delgada espalda, podía escucharla cepillarse sus dientes, encender la cafetera, elegir algún atuendo de entre su ropa, colocar la tetera sobre la mecha para preparar su té de jazmín, tararear la vie en rose mientras prepara su desayuno de huevo con pan tostado. Hasta que finalmente abrió la puerta para cruzar el abismal umbral, abandonándolo en la casa que sin ella era inmediatamente menos acogedora.

Se levantó para dirigirse a la cocina y encontrar un emparedado de huevo con jamón esperándolo, debajo del plato descansaba una nota en distraídas letras redondas con pluma negra: Mak, La Doctora Alba Gutiérrez llamó para confirmar tu cita a las 12, ¡Buena suerte! Te quiero, Valentina. Le gustaba cómo ponía su nombre completo en lugar de solo Vale, era un bonito nombre, le hacía justicia. Apenas siendo capaz de abrir los ojos se llevó su almuerzo caliente a la boca.

Miró por la ventana que daba hacia el jardín, donde diversas hierbas crecían sin control, comiéndose el camino de piedra que alguna vez guió hacia el exterior de edificio. Por primera vez se dió cuenta de que estaba lloviendo ligeramente, deseo seguir dormido.

“¿Qué es lo que quieres lograr con nuestras sesiones?” la doctora lo miró a los ojos, cosa que él intentaba evitar a todo costo, se revolvía incómodo en su asiento.

“Mira, la verdad es que solo vengo para que mi novia se sienta tranquila. Su mamá le pasó tu número.” se mordía las uñas golpeando su gastado tenis, se había resistido a ir a terapia, pero odiaba cuando Valentina se preocupaba demasiado por nada.

“¿No crees que venir aquí te pueda beneficiar de cualquier manera?” sabía lo que ella estaba pensando, no dudaba de que la madre de su novia le hubiera llenado la cabeza de nociones erróneas. Odiaba la necesidad que las mujeres tenían de entrometerse en lo que no les incumbe. Siempre lograban lo que querían con sus estúpidas lágrimas falsas o berrinches sin sentido.

“No dudo que esto les funcione a algunas personas, pero simplemente no es lo mío” a pesar de que suavizaba su voz, no podía contener el tono de rechazo. Alba lo miraba, escuchándolo con paciencia.

“¿No es lo tuyo?” levantó su ceja, entrelazando sus dedos sobre sus piernas.

“No, no soy ese tipo de persona” Sus ojos le dolían increíblemente, el resto de su cuerpo no se encontraba mejor. La resaca se pegaba a él como una garrapata, impidiendo que pudiera formar oraciones para

desviar la indeseada atención de la psicóloga.

“¿Para qué tipo de persona es la terapia?” Makas sentía que estaba caminando por un campo minado, dejó su frente caer sobre su palma mirando el reloj de reojo. ¿Para qué tipo de persona era la terapia? Para personas con problemas, ese tipo de persona. Él no tenía ningún problema, a pesar de lo que dijera la vieja bruja que era la madre de Valentina. Permaneció en silencio hasta que se encogió de hombros nte.

Exhaló con alivio cuando la mujer reanudó la conversación. “Makas, ese un un bonito nombre. ¿Entiendo que prefieres que te digan Mak?” “Gracias” detestaba su nombre, no podía contar las veces que la gente se fijaba en lo interesante que era “Sí, Mak está bien” El resto de la hora pasó de manera menos insoportable, Alba continuó haciéndole preguntas bastante civiles sobre él mismo, las cuales contestaba con más facilidad cada vez. Para cuando la sesión había terminado su dolor de cabeza había disminuído, si no es que casi desaparecido. Decidió que era algo que podía soportar una frecuencia semanal si hacía sentir a Valentina más tranquila.

“Te veo el siguiente miércoles” se despidió la doctora de él, mientras lo guiaba hacia la puerta. “Seguro” Caminó por algunos momentos hacia la estación de metro, le envió un mensaje a Vale avisándole que llegaría pronto a casa. La tarde era fría, los negocios en la avenida estaban repletos de personas buscando refugio del aire invernal en la calefacción artificial. Su estómago gruñó, reclamándole que aún no lograba expulsar todo el alcohol de su cuerpo.

Trató de distraerse leyendo los letreros que anunciaban los nombre de las diversas tiendas.

Murmuraba las palabras en voz baja como un desentonado cántico que lo llevaba a imaginar que cenaría esa noche, hasta que se encontró que uno que lo detuvo en seco.

“La Bodega, Bar” antes de darse cuenta estaba sentado en la barra, ordenando una cerveza.

Solo una cerveza, lo suficiente para poder olvidar el peso de sus pasos. Tan solo por unos momentos. Las preguntas de la doctora retumbaban en su cabeza; no, no tenía ningún problema.